

¡yo lo sé, yo lo sé, yo lo sé! — añadió el Cojuelo repitiendo las últimas palabras como tenía de costumbre.

— ¿Sabes donde está su cuarto? — exclamó el Maestro de Escuela con una expresión de gozo feroz — ¿lo sabes?

— Ya te veo venir — dijo el Cojuelo; — vamos, álzate sobre las dos patas como un perro bien educado cuando su amo le enseña un hueso... ¡Vamos, arriba, viejo tunante!

— ¿Y tú sabes en donde está el cuarto de mi mujer? — repitió el Maestro de Escuela volviéndose hacia la voz del Cojuelo.

— Lo sé, y lo más salado es que el único hombre que duerme en esta parte de la casa es un criado de la quinta: sé la puerta de su cuarto, que tiene la llave por afuera, y en un abrir y cerrar de ojos, tris, se le puede encerrar dentro... ¡Vamos, arriba, *dacá la pata!*

— ¿Quién te dijo todo eso? — preguntó el Maestro de Escuela levantándose involuntariamente.

— Y al lado del cuarto de tu mujer duerme una cocinera vieja... que con otra vuelta de la llave quedaría encerrada y seríamos dueños de toda la casa, juntamente con tu mujer y la muchacha de capotillo gris que queremos atrapar... Vamos, ahora *dacá la pata*: un salto y nada más.

— Mientes, mientes... ¿cómo podrías saber eso?

— Aunque soy cojo no soy bobo; y por eso dije hace un rato al bobalicón del Labrador que vino á alumbrarnos, que por la noche te daban convulsiones, y le pregunté como podría pedir socorro si era necesario... Entonces él me respondió que si te daba la tarantela, que yo podía llamar al mozo y á la cocinera, y me enseñó los cuartos en donde duermen; uno abajo, otro arriba, al ladito de tu mujer... de tu misma mujer ¿entiendes, viejo marrullero? — añadió el Cojuelo. Y después de un largo silencio el Maestro de Escuela con voz sosegada y con aire de espantosa resolución, dijo:

— Pues mira, óyeme... escucha... yo he vivido ya bastante... Confieso que hace un momento he concebido una esperanza que me hace mirar ahora mi suerte como más horrible... La cárcel, el presidio, la horca y la guillotina no son nada en comparación de lo que he sufrido desde esta mañana, que es lo mismo que sufriré hasta el fin de mis días... Llévame al cuarto de mi mujer... ¿entiendes? y la mataré con este puñal... Me matarán después, pero nada me importa... El odio me ahoga, me sofoca... Y no respiraré con libertad hasta que me vengue... No puedo sufrir más... esto es demasiado... sí, demasiado para un hombre que hacía temblar á todo el mundo... Si supieras lo que padezco, Cojuelo, tendrías compasión de mí. Se altera mi juicio y parece que se me abre la cabeza... la tengo abrasada como un volcán... la sangre me hierve en las venas...

— Es constipado... ya entiendo, ya... En cuanto estornudes te pasará el muermo... ¿Quieres un polvo? — dijo el Cojuelo riendo á carcajadas.

Y dando algunos golpes en la mano izquierda cerrada como si fuese una tabaquera, añadió en tono de burla:

Tengo buen tabaco
Rabia más y más,
Buen tabaco tengo
No lo probarás.

— ¡Oh, poder de Dios! ¡Dios mío! ¡quieren volverme loco! — exclamó el Maestro de Escuela, casi demente por una especie de venganza sanguinaria, ardiente é implacable, que en vano procuraba satisfacer. El furor de este monstruo hercúleo y rabioso, sólo era comparable al de un lobo hambriento y sañudo, que irritado durante todo un día por un niño al través de las barras de una jaula, ve á dos pasos de sí la débil víctima sin poder saciar su hambre y su furor. Al oír el último sarcasmo del Cojuelo, el bandido perdió casi totalmente el juicio: frenético y no pudiendo hallar una víctima que sacrificar á su ira infernal, quiso derramar su propia sangre... pero la sangre le sofocó la respiración. Si en aquel momento tuviese á mano una pistola, sin duda se hubiera quitado la vida. Metió ambas manos en los bolsillos, sacó un puñal, lo abrió y se levantó en ademán de clavárselo en el pecho... mas por rápido que fué su movimiento, la reflexión, el miedo y el instinto vital lo desarmaron; y dejó caer la mano armada sobre las rodillas. El Cojuelo que había seguido atentamente con la vista estos movimientos, luego que vió el desenlace pacífico de esta veleidad trágica, exclamó con socarronería:

— ¡Hola! ¡tendremos mondongo, qué hay puerco muerto!

El Maestro de Escuela, temiendo perder enteramente la razón, procuró desentenderse, por decirlo así, del insulto del Cojuelo, que se burlaba impunemente de la cobardía de un asesino que no tenía valor para suicidarse; y viendo que no podía librarse de la cruel persecución de aquel chico maldito, recurrió al último esfuerzo para aplacarlo excitando su codicia.

— ¡Oh! — le dijo con voz humilde — llévame al cuarto de mi mujer... cogerás todo lo que quieras y te marcharás... y me dejarás solo... ¡gritarás, pedirás socorro si quieres! Me prenderán y me matarán en el sitio... pero no se me da, porque moriré vengado... ya que no tengo valor para quitarme la vida... ¡Oh! llévame, llévame, hijo mío... en su cuarto hallaremos joyas y oro, y todo será para ti, para ti solo... ¿entiendes? para ti solo... yo no te pido más que me lleves á su cuarto... al lado de su cama...

— Sí, ya te entiendo; quieres que te lleve á la puerta de su cuarto, y luego á su cama, y en seguida que te guje el brazo, ¿no es verdad? ¡Quieres que

sirva de mango á tu puñal, monstruo horrendo! — repuso el Cojuelo con una expresión de desprecio, de cólera y de horror, que por primera vez en todo el día dió una apariencia de seriedad á su fisonomía de reptil. — Antes me matarían... que llevarte al cuarto de tu mujer.

— ¡Con que no quieres, eh!

Guardó silencio el hijo de Brazo Rojo; y acercándose descalzo y sin ser oído al Maestro de Escuela que sentado en la cama tenía el puñal en la mano, se lo quitó con destreza maravillosa y se puso de un salto en el extremo opuesto del cuarto.

— ¡Mi puñal! ¡mi puñal! — gritó el bandido abriendo los brazos.

— No, porque mañana seríais capaz de pedir que os dejasen ver á vuestra mujer y la mataríais... ya que no tenéis valor para quitaros la vida...

— ¡Luego defiende á mi mujer! — exclamó el Maestro de Escuela, cuya razón se oscurecía por momentos. — ¡Luego este monstruo es el demonio que me persigue! ¿En dónde estoy? ¿por qué la defiende?

— Para hacerte rabiar... — dijo el Cojuelo dando otra vez á su fisonomía el aire insolente que casi nunca abandonaba.

— ¡Con que no hay remedio! — exclamó el bandido enteramente fuera de sí; — ¡pues entonces pongamos fuego á la casa!... ¡La vela!... ¡venga la vela!...

— ¡Ja, ja, ja! si no te hubieran apagado la vela de los ojos, viejo chocho... para siempre jamás amén... ya hubieras visto que la vela está apagada hace una hora — dijo el Cojuelo riendo á carcajadas; y luego entonó esta coplilla:

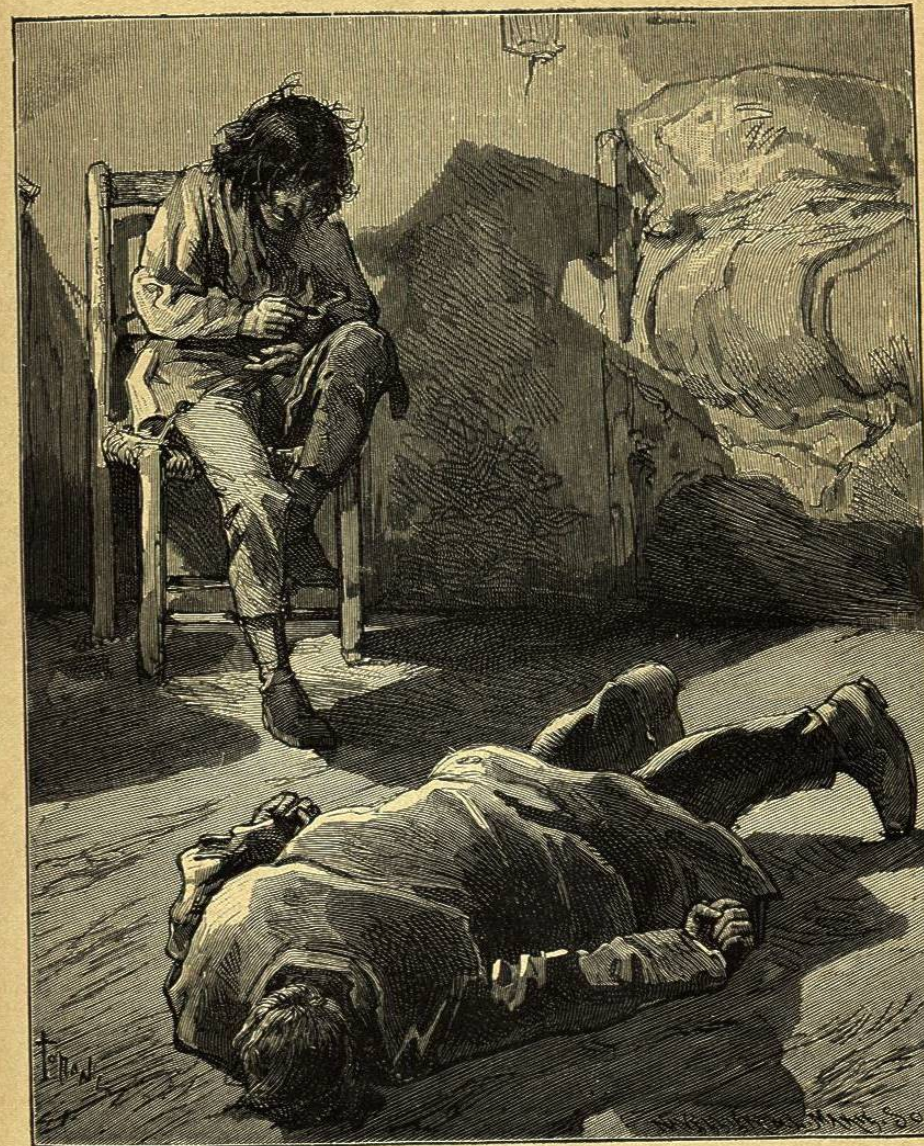
Que estamos á oscuras
No lo sabes tú,
Porque ya á tus ojos
No llega la luz.

Dió el Maestro de Escuela un sordo gemido, alargó los brazos, y sofocado por un arrebató de sangre, cayó boca abajo en el suelo y quedó sin sentido.

— ¡Ya te entiendo, marrullero! — dijo el Cojuelo; — esa es una treta para que me llegue á ti, y en seguida darme un buen soplamocos... Ya te levantarás, cuando te canses de hacer el difunto.

Y resuelto á no quedarse dormido temiendo que lo cogiese el bandido, el hijo de Brazo Rojo permaneció sentado en la silla con la vista clavada en el Maestro de Escuela, persuadido de que éste no corría el menor peligro y que sólo quería hacerlo caer en el lazo. Á fin de pasar el rato sacó misteriosamente de la faltriquera un bolsillo encarnado de seda, y contó poco á poco con ojos de júbilo y codicia, diez y siete monedas de oro que contenía. Explicaremos el origen del tesoro del Cojuelo: se tendrá presente que cuando la marquesa de

Harville iba á ser sorprendida por su marido en la cita fatal que habia dado al comandante, Rodolfo la dijo, al darle un bolsillo con dinero, que subiese al quinto piso en donde habitaba la familia de Morel y que dijese que iba á soco-



Y contó poco á poco con ojos de júbilo...

rrerla. Subía pues la marquesa la escalera con rapidez llevando en la mano el bolsillo; mas como lo viese el Cojuelo, que salía en aquel momento del cuarto del charlatán, hizo que resbalaba al llegar junto á la marquesa, tropezó en ella

y le robó el bolsillo con la mayor sutileza. La joven conoció que había sido robada, pero los pasos de su marido que sentía ya cerca de sí, y el aturdimiento en que se hallaba, no le dieron lugar para quejarse. Después de haber contado y recontado el oro, dirigió la vista hacia el Maestro de Escuela que continuaba tendido en el suelo. Acercóse á él, aplicó el oído, y como lo oyó respirar libremente, se persuadió más y más de que era un ardid para cogerlo.

— Vamos, vamos, señor Maestro; ¡basta de siesta! — le dijo.

Una casualidad había salvado al Maestro de Escuela de una congestión cerebral, sin duda mortal: su caída le ocasionó una copiosa evacuación de sangre. Quedóse luego en una especie de estupor febril, entre dormido y delirante, y tuvo después este espantoso sueño.

VIII

EL SUEÑO

He aquí el sueño del Maestro de Escuela: vió á Rodolfo en la casa del paseo de las Viudas, en el salón en donde sufrió el horrible suplicio que le privó de la vista y en el cual todo se halla exactamente como entonces. Rodolfo sentado detrás de la mesa en que se ven los papeles del Maestro de Escuela, y el pequeño agnus dei de lapizlázuli, dado por él á la Lechuza. En el rostro de Rodolfo vió la gravedad y la tristeza. Á la derecha en pie impassible y severo el médico negro, y á la izquierda el Churiador mirando aquella escena como espantado. El Maestro de Escuela veía durante este sueño, pero lo veía todo al través de una sangre transparente que llenaba la cavidad de sus órbitas, y todos los objetos le parecían cubiertos de una tinta roja. Á la manera que las aves de rapiña se ciernen inmóviles en el aire sobre la víctima que fascinan antes de devorarla, así revoloteaba sobre el Maestro de Escuela una horrible lechuza cuya cabeza era el asqueroso rostro de la Tuerta, que tenía clavado en él un ojo redondo verduzco y reluciente. Esa mirada le oprimía como si tuviera sobre el pecho un peso enorme. De la misma manera que estando uno en lugar obscuro poco á poco se van descubriendo los objetos antes invisibles, así el Maestro de Escuela descubrió un lago de sangre entre él y la mesa en donde veía la severa figura de Rodolfo.

Éste, juez inexorable, el Churiador y el negro iban tomando poco á poco proporciones colosales, y los tres fantasmas agrandándose vió que llegaron hasta el friso del cielo raso, que también se elevaba sobre ellos. En el lago de sangre tranquilo como un espejo rojo, vió reflejarse su espantosa cara, hasta que tan horrible imagen desapareció entre el hervidero de las hondas sangrientas que empezaron á formarse en el lago antes tranquilo. Su agitada superficie, se

cubrió con una niebla lívida, pero de una lividez semejante al color violáceo de que se tiñen los semblantes de los muertos. Á medida que esta niebla subía, las figuras de Rodolfo, del negro y del Churiador continuaban creciendo de un modo inconmensurable, descollando siempre sobre aquel vapor siniestro. En medio de él vió el Maestro espectros pálidos y escenas sangrientas en las cuales él mismo había sido el principal actor.

En este fantástico espejo de sangre vió un viejo de poca talla y con la cabeza calva, vestido con un levitón gris, que tiene en torno de la cabeza un aro de alambre, en cuya parte anterior hay una pantalla de seda verde: está en un cuarto sucio y pobre y á la luz de una lámpara cuenta y hace montones de monedas de oro. Al través de la ventana, iluminada por la amarillenta luna que blanquea la cima de algunos árboles agitados por el viento, el Maestro de Escuela se ve á sí mismo á la parte de afuera con su horrible cara pegada á los vidrios. Desde allí sigue con ardientes ojos los más mínimos movimientos del anciano, luego rompe un vidrio, abre la ventana, lánzase de un salto sobre la víctima, y le hunde un largo cuchillo entre los dos hombros. La acción es tan rápida y el golpe tan pronto y tan seguro, que el cadáver del anciano queda sentado en la silla. El asesino quiere retirar el cuchillo, pero no puede; redobla sus esfuerzos, mas son inútiles; quiere dejarlo clavado en el cadáver, pero es imposible, porque la mano del asesino está pegada al mango del puñal, como la hoja del puñal al cuerpo del asesinado. El matador oye ruido de espuelas y de sables en el cuarto inmediato, y para salvarse á toda costa quiere llevarse el mezquino cuerpo del anciano, pero tampoco puede: aquel pequeño cuerpo parece haberse convertido en una gran mole de plomo. Á pesar de sus desesperados esfuerzos no puede levantar aquel peso enorme, y entre tanto oye más y más cerca el rumor de los sables que arrastran por el suelo. La llave da una vuelta en la cerraja, ábrese la puerta..... la visión desaparece, y entonces la Lechuza agita las alas gritando:

— « Éste es el anciano de la calle del Roule, tu primera víctima... ¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!!! »

Después de condensarse un momento el vapor que cubre el lago de sangre, recobra su transparencia y deja ver otro espectro. Amanece: la niebla es sombría y espesa, un hombre vestido como los tratantes en ganados está tendido y muerto en el ribazo de una carretera: la tierra removida y la pisoteada hierba demuestran que la víctima ha hecho larga y tenaz resistencia; tiene cinco heridas en el pecho y de las cinco brota la sangre: ¡está muerto, y sin embargo llama á los perros y pide socorro! pero habla por las cinco anchas heridas cuyos bordes abiertos se mueven como los labios de una boca. Las voces que da el cadáver por las bocas de sus heridas, espantan y aterrorizan al bárbaro asesino. En aquel momento la Lechuza agita las alas, remeda los fúnebres